

## CUBA EN LA ENCRUCIJADA CARIBEÑA

por el Académico de Número

EXCMO. Sr. D. Manuel FRAGA IRIBARNE\*

Cuba está en el Caribe, que es el «Mediterráneo» americano, y si el Mediterráneo fue un mar de cultura y crisol de muchas cosas, también fue como diría el poeta, teatro de cien mil batallas navales. Quizá el Caribe lo fue en mayor grado, es desde antiguo un mar de conflictos, canal incesante de culturas, una continua lucha por su explotación y control. Límite último de algunos imperios. Patria de los más crueles y eficientes piratas. Lugar donde surge uno de los más grandes comercios del mundo moderno, el del azúcar, vinculado a los peores momentos de la trata de esclavos. En ese mar entraron Francia, Inglaterra, Dinamarca, los Países Bajos, y luego, naturalmente, los EE.UU. España sufre allí sus ataques más fuertes contra sus intentos de control, que al fin y al cabo, mantuvo durante siglos en toda América. Allí se dieron batallas decisivas para la independencia de los EE.UU.

El año de 1898 señala en Cuba el gran final de una etapa de la historia de España. Poco después, con la apertura del Canal de Panamá se abrirá otro período.

Cuba es la mitad de superficie de todos los países del Caribe que siguen siendo un mundo especialmente complejo y que yo pienso que dentro de lo que se llama nuevo orden internacional aún no encontraron ese asentamiento definitivo.

Cuba tiene la tercera parte de la población caribeña, pero una población sumamente activa, es decir, el número de científicos, de hombres de letras, de artistas que produjo Cuba no tiene nada que ver con su población total, con la capacidad de Cuba para haber estado presente militarmente en conflictos serios en África, está fuera de la proporción de su población con el Brasil, por ejemplo. Cuba es, pues, un país sig-

---

\* Sesión del día 14 de enero de 1992.

nificativo, la llamada «Perla del Caribe», el caimán de ese Mediterráneo americano, y tiene un lugar propio dentro del futuro de esa zona del mundo.

En Cuba viven diez millones de personas más o menos, y otros dos millones están en Miami. Los cubanos, Cuba, da que hablar más que otros países de América, y ello no es por simple casualidad. Temo que lo mismo ocurrió con mi viaje, se ha exagerado mucho con él, pero la verdad es que no es lo mismo ir a Cuba que a México o Venezuela.

Conviene recordar que el Caribe está al lado de América Central, muy cerca de los EE.UU., sobre todo Cuba, a unas millas. Lugar de innumerables confrontaciones, que ahora por fin terminan con la paz en El Salvador, está al lado de Panamá, lugar de crisis permanente, y está, en fin, próxima a Nicaragua. Por cierto, conviene recordar que Fidel Castro había jurado derrocar a Somoza, que había cooperado con los EE.UU. frente a su régimen, como lo hicieran Guatemala y Honduras, y que Cuba contribuyó de alguna manera a la Revolución Sandinista, hoy derrotada en las urnas.

Lo cierto es que la historia reciente de Cuba, desde el 98, no se revisó con profundidad. Pienso que tiene razón Hugh Thomas, al indicar, que la historia contemporánea de Cuba comienza con la invasión inglesa de finales del XVIII. Este hecho hace tomar conciencia a España de que si se produjese la pérdida de Cuba, sería como adelantar la pérdida de las colonias en toda América. Ello hace también que se acelere un proceso que llegará a la independencia total en el 98, con una serie de fenómenos, cada uno de ellos importantísimo, como es la expansión del poderío norteamericano en la zona. Esta expansión o neocolonialismo tiene en la época de la guerra de los mambises y en los años de la independencia, matices propiamente cubanos. Cobra un lugar central la figura de José Martí, el Apóstol, un patriota que sigue ocupando un lugar principalísimo en la Cuba de hoy. Martí crea el Partido Revolucionario Cubano en 1902 y hoy, en 1992, Fidel Castro lo considera como un modelo suyo. Creo que Fidel Castro se va apoyando cada vez más en el patriotismo y en el antiimperialismo que en los postulados marxista-leninistas.

La Constitución de 1901, inmediatamente neutralizada por la «Enmienda Platt», la anexión de Guantánamo y otras posesiones. La intervención americana en 1902. Una nueva intervención, conforme a la «Enmienda Platt», que se reservaba ese derecho, entre los años 1911 y 1912. Otra intervención en 1917. El establecimiento por una Ley, en 1944, de la paridad del peso cubano con el dólar USA, sometiendo así, totalmente, el mercado del azúcar a la economía norteamericana. Todo ello, va dañando el patriotismo cubano. Aunque en 1934 se produce, en el mismo momento de la «política del buen vecino», la renuncia a la intervención y la derogación de la «Enmienda Platt», no ocurriría lo mismo con las bases. Evidentemente, Cuba se convirtió en un semiprotectorado norteamericano y esto es así hasta el final de la etapa inmediatamente anterior a la toma del poder por Fidel Castro.

La crisis de los años treinta afectó gravemente a Cuba y a miles de gallegos que allí trabajaban. Es preciso recordar la famosa «danza de los millones», y evidentemente, la

influencia de los EE.UU. fue creciendo y se consolidó mucho más, igual que en otros países de aquella área después de la creación de la OEA en 1957.

Hablar de una etapa democrática anterior a la revolución castrista se puede hacer en algunos momentos, pero realmente desde la Revolución de 1933, contra Machado, el ejército cubano estaba dividido y aquel sargento taquígrafo, Fulgencio Batista, que luego sería coronel y más tarde general, fue adquiriendo una posición dominante, que ejerció, unas veces pactando con los comunistas y al final con los norteamericanos. Creo que no podemos considerar esta etapa como normal. De ella intentó salir el famoso Partido Radical del senador Chivás, que era el partido en el que militaba un joven político, Fidel Castro. El suicidio de Chivás fue el punto final de aquella etapa y el lanzamiento de Fidel Castro contra Batista. Primeramente en Oriente, con el asalto al cuartel Moncada en Santiago de Cuba. Años después vendría el desembarco del Gramma y seis duros años de guerrilla y la entrada triunfal de Fidel en la Habana el día 1 de enero de 1959. El Dr. Castro nombra en principio presidente de la República a un ilustre magistrado, el Sr. Urrutia, jefe del Gobierno a D. Emilio Cardona, del Partido Liberal, conocido mío en su etapa de embajador en Madrid, profesor de derecho, hombre sensato. Todo aquello en muy poco tiempo fue cambiando, dando paso a la situación verdaderamente revolucionaria que se conoce hoy como régimen castrista.

Conviene recordar que Fidel Castro fue bien recibido en aquel primer momento por la mayor parte de la población cubana, que John F. Kennedy —que se enfrentó después con él en la bahía de Cochinos y luego en el famoso asunto de los misiles— recibió a Fidel Castro como «heredero de Simón Bolívar». El propio ex-presidente, criticando la anterior postura de Eisenhower, como «un chico honesto y trabajador, que todo lo hacía por el bien de Cuba, y que merecía la simpatía y la ayuda de los EE.UU.». Lo cierto es que, sea cual fuere la verdad, pienso que la narración que hace Tad Shultz es bastante seria y minuciosa y pienso que está objetivamente relacionada con hechos que se desarrollaron en Cuba en la época de la guerrilla y en los primeros años de la revolución.

Yo creo que, desde una perspectiva actual y hasta donde llegan mis fuentes de información, todo esto impulsó a Fidel Castro por un camino en el que va a recorrer todas las etapas hasta una total integración en el bloque soviético, hoy desintegrado.

En 1960 se produce la primera compra de 425.000 toneladas de azúcar por parte de la URSS y después un millón de toneladas cada año, del 60 al 65, cantidad que se irá ampliando. Hay que sumar a esto las declaraciones de Nikita Kruschov, hombre que en otros aspectos fue bastante moderado, pero en el tema de Cuba, lanzó aquella famosa declaración de que los cohetes estratégicos rusos apoyarían a Castro ante cualquier intento de intervención americana. En definitiva, la puesta en marcha de una operación de intervención cuidadosamente preparada por la CIA, que venía desde los tiempos de Eisenhower, y que no estaba terminada, pero sí a punto de terminar en el momento del cambio de presidente en los EE.UU. Kennedy ya no encontró entre sus consejeros un gran entusiasmo por la operación, especialmente en Noetmy Rask, ni

tampoco en Mac-Namara, que por cierto, hace pocos días que hizo unas declaraciones muy interesantes en una reunión en La Habana sobre la historia del conflicto de los misiles en el 62. En 1961 ya los EE.UU. habían roto relaciones diplomáticas con Cuba y Fidel Castro estuvo convencido desde aquel momento de que habría una intervención armada norteamericana, bajo cualquier tipo de cobertura. Cuba recibió unos treinta millones de toneladas de armamento variado, por su valor de casi 50 millones de dólares por parte de la URSS, y en un primer momento, encontró algunas simpatías en los presidentes americanos de aquella época, por ejemplo Janeo Cuadros de Brasil.

Así las cosas, entre el 15 y el 19 de abril de 1961, se produce el ataque de bahía de Cochinos que fue el ejemplo típico de una operación que no se puso a manejar, porque evidentemente después del primer bombardeo viene la decisión de Rask de pararlo, Kennedy estaba en Virginia, Allen Dulles en una reunión en Puerto Rico, y la operación de desembarco fracasó estrepitosamente. Debo decir aquí, que habiendo visitado la zona, porque me llevaron a verla, y habiendo estado con el mando de la operación militar por parte del ejército cubano, un ex-capitán de Batista, hoy vicepresidente del Consejo de Ministros, José Ramón Fernández, «El gallego», que fue mi anfitrión durante el viaje, me contó la operación detalladamente. Creo que estaba bastante bien pensada, pero naturalmente no fue ejecutada en su totalidad. Su buen armamento permitió a Castro ganar rápidamente la operación, humillar a los Estados Unidos, venderle literalmente los prisioneros y naturalmente crear una sensación de que no eran posibles, respecto de Cuba, las operaciones del «gran bastón», otras veces utilizadas con mucha contundencia en la zona.

John F. Kennedy intentó llevar las cosas por otro camino, se vio claro en la Conferencia de Punta del Este. Impulsó la no muy eficaz, y pienso que bien intencionada, «Alianza para el progreso» y logró que su diplomacia expulsase a Cuba de la OEA; finalmente, en el mismo año, decreta el embargo de las exportaciones norteamericanas. Estas medidas fueron funestas para un país con una economía totalmente integrada en el mercado estadounidense y que dependía, entre otras cosas, de los repuestos americanos.

Fidel Castro se integrará plenamente en el bloque marxista, formulará su teoría de la revisión del análisis marxista sobre las condiciones objetivas para la revolución. Contribuciones doctrinales del propio Dr. Castro y del Dr. Guevara, que venían a decir que la acción consciente logra superar todo lo demás, creándose las condiciones objetivas, el foco, las condiciones para la guerrilla, la intervención en los momentos de liberación en América y África, en estas condiciones era posible llegar al poder. Hay que tener en cuenta que Cuba entró en el COMECON, pero no en el Pacto de Varsovia, esto le valió para poder jugar un papel junto a los no-alineados, con lo que prestó un gran servicio a la política exterior soviética, porque Fidel Castro llegó a presidir el Movimiento de los no-alineados, empleando dos barajas a un tiempo, muy inteligentemente. Volviendo a las crisis del 62, fue para mí, una de las más graves de la guerra fría. La famosa crisis de los misiles en la que, sin duda alguna, pasamos el riesgo mayor de una confrontación nuclear. Estados Unidos se encontró en aquel momento, con

gran parte de su territorio al alcance de los misiles que la URSS había instalado en Cuba y Kennedy no tuvo más remedio que reaccionar de distinta manera a como había hecho en la bahía de Cochinos, y a su vez, la URSS tuvo que reconocer la superioridad global de los EE.UU. y se dedicó a hacer desde aquella crisis una política naval, que por cierto iba a llevarlos, con otros muchos errores y problemas posteriores, a una gran extensión sobre su economía, con los resultados finales que vimos de la total desintegración de la URSS como Estado y como superpotencia. En todo caso, se diría que en el 62 en Cuba, el póker demostró su superioridad operativa sobre el ajedrez y hecha en vano la prueba, la URSS empieza a hablar de coexistencia pacífica, de ganar la batalla económica, y de otras cosas, que naturalmente ahora sabemos como acabaron. Anecdóticamente pienso que es sintomática la instalación del famoso teléfono rojo, mejor dicho, del teletipo rojo, que fue también una consecuencia de la crisis cubana del 62. Curiosamente del 62 arrancó también la expansión y la consolidación del comunismo, pienso yo, porque Fidel Castro jugó bastante bien, y extrañamente se vio reconocido de hecho y garantizado por ambas partes.

Después viene el momento de consolidación de una política exterior cubana, claramente prosoviética, que se distancia de China, pero que busca un reaseguro en los no-alineados y que incluso se permite esferas propias de acción. Yo estoy seguro de que las intervenciones cubanas en África tuvieron lugar en una coyuntura muy favorable. Recuerdo una mañana cuando estábamos desayunando con Kissinger, éste dijo: «si estos señores del Congreso me diesen sólo 200 millones de dólares, hoy mismo acababa con Fidel Castro», pero lo cierto es que en aquel momento los norteamericanos no estaban para esas aventuras, después de la guerra del Vietnam. En tres años, más o menos, el otro semiprotectorado se convierte de pronto en un factor de la política mundial, con empresas que no por fracasadas, como la de Bolivia, son de gran trascendencia, actuando en casi toda Iberoamérica y en África con operaciones que en ese momento llegaron a alcanzar cinco países a la vez, y que en Angola fueron decisivas. Hay que reconocer que era una época en la que entre la figura de héroe y de rey de la guerrilla de Fidel Castro y la figura de mártir de Guevara, muerto en las condiciones que todos sabemos en Bolivia, todo aquello servía de ideal para muchos jóvenes y para no pocos intelectuales. Es el momento del periplo africano de Fidel Castro, el año 1977, la Conferencia de La Habana de los países no-alineados del año 1979. Es realmente la época en que no hay una política clara salvo la del bloqueo. Ahora empieza a saberse algo más, algo de la famosa operación «Camelot», que fue la acción de los grupos de asesores militares norteamericanos contra la guerrilla en toda América, que al final resultó bastante contundente.

La actual situación de la ex-URSS, toda la caída del bloque socialista primero y la desaparición de la ideología soviética en todas las repúblicas que ahora forman la CEI, dejan a Cuba y su comunismo criollo muy desamparado.

Estos son algunos de los aspectos políticos, y ya históricos, que me ha parecido correcto analizar para dar mi propia opinión sobre tantos acontecimientos a los que se vio Cuba sometida en los años que van de siglo, y especialmente en los últimos treinta.

En cuanto a mi viaje, como después ampliaré, tuvo una vertiente indudablemente emotiva, mucho más para un gallego que vuelve después de sesenta años, que ve La Habana colonial, los viejos castillos, el palacio de los Capitanes Generales, por cierto muy bien conservado, que entra en el majestuoso Palacio del Centro Gallego, que se encuentra con miles de paisanos, casi todos con bastantes años, pero firmes, en sus instituciones, en sus sociedades, en su amor a Cuba.

En otro orden de cosas, el mundo del interior cubano me impresionó muy especialmente desde «Guanabacoa la bella con su muralla de guano» hasta las tierras calientes de Santiago de Cuba. Concretamente para mí, ya en el plano personal, mi reencuentro con lo que queda de la época en que viví allí con mis padres y hermanos. En el que era en aquellos tiempos el mayor Central Azucarero del mundo, Manatí, donde no cambió prácticamente nada, excepto el precio del azúcar que ahora vale veinte veces menos que entonces. Donde la «Manatí Sugar Company», se llama ahora Central «Argelia Libre», y donde está intacta la casa que fue de mis padres, la casa de madera donde vivimos los Fraga, aún sigue allí hasta el columpio en el que me columpiaba, y un cementerio con una placa que dice «Donado por la señora marquesa de San Miguel de Aguayo» a quien conocí. Efectivamente todas estas cosas, tan íntimas para mí, tan entrañables, no se tocaron. Allí en Manatí planté una caoba, por sugerencia de las autoridades locales, pues estaban realizando una importante repoblación forestal, en una zona donde no había muchos árboles.

Creo que llegados a este punto, a esta reflexión que aquí hago, debo volver sobre el tema por el que se preguntó mucha gente, incluso de mi familia: las verdaderas razones de mi viaje a Cuba. Es natural, intenté exponerlas y vuelvo ahora, realizado el viaje, a explicarlas.

Es cierto que tenía desde hace mucho tiempo el deseo de volver a mis raíces americanas. Pero ese deseo emocionado lo contuve más de sesenta años. Sólo me permití el deseo de realizarlo cuando existió un motivo, una ocasión justificada. Aunque he viajado mucho, no he estado nunca en Florencia ni en Moscú; ni en Alaska o en Honolulu. Voy a los sitios cuando debo ir, cuando tengo algo que hacer allí. La vida es breve y responsable; el tiempo es fugitivo y hay que aprovecharlo lo mejor posible.

Fui, pues, a Cuba a trabajar, como siempre. No fue a ver familiares o amigos próximos; ya no quedan, por desgracia. Sólo quedan memorias funerales, como expuse un poco más arriba.

Pero nuestra América es y será siempre una responsabilidad especial para los españoles conscientes; aunque más en el caso de Cuba, con la que convivimos hasta el 98. Muy especialmente en nuestro caso, tratándose de gallegos. Lo mío no es nada excepcional: mis padres se conocieron en Cuba. Allí nacieron dos de mis hermanos; por allí pasaron tres de mis tíos paternos, dos de los maternos, mi padrino y muchos otros. Hablar de Cuba en mi casa era hablar de otra casa. Los ahorros de mi familia luchadora, fueron hechos allá y nos permitieron estudiar a doce hermanos. Los gallegos de Vilalba crearon desde Cuba catorce escuelas y un hospital-asilo en nuestro ayuntamiento. Y así sucesivamente.

Algunos dirán: este no era el momento. Yo pienso lo contrario. Cuando hay más problemas es cuando hay que acudir. Aquellos gallegos que siguen allá, sus beneméritas instituciones, además del edificio del Centro Gallego, que por cierto estamos intentando recuperar, siguen vivas ya que funcionan unas 50, algunas con miles de afiliados. Sus legítimos intereses merecen una atención especial. Sus vidas, una esperanza, sus dificultades, un ánimo. Todo ello y más representó mi presencia como presidente de la Xunta de Galicia, como presidente de todos los gallegos.

Otros dirán: no nos gusta el gobierno de Cuba. Si las relaciones políticas, económicas y culturales se basasen en ese criterio acabaría la convivencia internacional. Si los métodos diplomáticos y su fría racionalidad se sustituyeran por la pasión volveríamos a la prehistoria. Se pueden guardar las distancias y colaborar. Lo que no se puede es reducir los pueblos a la desesperación, al hambre, a la frustración al odio, cuando existen caminos más eficaces para solucionar los graves problemas.

Precisamente porque nadie puede dudar de la claridad de mis principios políticos ni de mi tesón y lealtad en defenderlos, quiero decir ahora, que siendo ajeno al discurso socialista, lo soy también al de imperialismo. De cualquier signo, venga de donde venga. Y creo que, después de defender toda mi vida el mundo hispánico, y su mutua defensa, pienso pues, que este año 92 debe ser algo más que un conjunto de eventos culturales para convertirse en un gran esfuerzo de convivencia en las realidades de hoy.

Esto pasa por restaurar el principio de las relaciones especiales entre nuestros pueblos. Una familia entiende a sus miembros y perdona sus errores conociendo los propios. Un cristiano sabe que lo más opuesto a su espíritu es el fariseísmo.

Claro es que esto crea obligaciones para todos. Nadie puede modificar su pasado, pero si abrirse al futuro con propósito de enmienda, espíritu de reconciliación y voluntad de reforma. Y los demás deben ayudarle.

En ese espíritu, pienso que a Cuba hay que pedirle que renuncie a todo intento de crear dificultades a otros países; que acepte las reglas generales de juego de la comunidad de naciones hispánicas; que busque la reconciliación de sus ciudadanos; que inicie un período de transición y de reformas. No hablo de cosas utópicas; varios países, entre ellos el nuestro, vivieron procesos semejantes en las últimas décadas.

No creo que ello se alcance creando las condiciones para que las fábricas cubanas paren, que el transporte se detenga, que la gente haga colas, que falten las medicinas... Creo que es en la apertura en ambas direcciones donde puede y debe estar la salida.

Europa ya sabe lo que cuestan las rendiciones incondicionables y lo que pasa en los estallidos desesperados de hambre y de rabia.

Que otros pongan sus manos sobre esas responsabilidades. Yo desde luego, no lo quiero hacer.

Tengo demasiados años para dejarme tentar por ninguna dádiva o merced. El paso del tiempo me cargó tanto de la razón de mis ideas, que obviamente ahora no las voy a cambiar. Pienso que a todos se nos debe exigir, por otra parte, que usemos nuestros

principios con responsabilidad. Los que se suman a la última moda tienden a exagerar. Los que hemos mantenido la continuidad básica en el pensamiento y en la acción nos reímos de ciertas actitudes propias del recién converso. Todo el derecho y toda la política están hechos para los hombres y para la sociedad; para ayudar a resolver sus problemas y no para agravarlos.

Cuba lleva doscientos años, como vimos, desde la anteriormente citada invasión británica, con confrontaciones, guerras civiles, emancipaciones antiesclavistas —otra gran obra del general Martínez Campos— luchas por su independencia, todas las intervenciones norteamericanas antes mencionadas, «Chambelonas», crisis económicas y guerrillas de todas clases. Creo que es hora de que apostemos por la paz, por la reconciliación, por la negociación, por la transición consensuada. Y esto supone apostar por el pueblo cubano más que por una solución a la panameña, para entendernos con pocas palabras.

¿Es esto posible? Me atrevo a afirmar que no es imposible. Donde desde luego el tema no se va a arreglar, con todos mis respetos, es desde Miami, donde tengo excelentes amigos, a quienes deseo ver de nuevo en Cuba, pero recordándoles que estamos ya a las puertas del siglo XXI.

La Paz del Zanjón, el Tratado de París la primera Revolución de los años treinta, Sierra Maestra, bahía de Cochinos... Que la próxima fecha se parezca más a una negociación que a un nuevo combate entre hermanos. Y de esto traté cuanto pude yo en Cuba a lo largo de seis días.

Mi viaje sirvió a los gallegos de la emigración habanera; sirvió a los intereses de Galicia de aquí y de allá; coadyuvó a las relaciones hispano-cubanas; tendrá algún reflejo en la celebración del V Centenario, y afirma, que por encima de todas las distancias, las relaciones entre los pueblos hispánicos son, ante todo, relaciones de familia, como yo defendí durante toda mi vida.

En otro terreno, nos sitúa a todos y a cada uno en su sitio verdadero, más allá de los estereotipos. Para algunos, la política es humanismo. Si conseguimos devolver la libertad a algunas docenas de personas, como ya estamos consiguiendo; si logramos explicar lo que creemos que debe ser la solución menos costosa; si promovemos la reconciliación y no la lucha a muerte entre hermanos; si superamos la pasión por la razón práctica, pensamos que cumplimos suficientemente con nuestro deber; mucho mejor que tantos improvisadores.